

EL REY DEL ABISMO

*EL BÚHO, EL GATO Y EL
DRAGÓN*

Alejandro López

Nota del Autor

Querido lector:

¡Bienvenido a mi mundo! Quiero darte las gracias por unirme a esta comunidad y atreverte a cruzar el umbral hacia el universo del Rey del Abismo.

Soy Alejandro López, un escritor de alma y hueso. He dedicado mucho tiempo a explorar el lado oscuro de la naturaleza humana, dando vida a historias donde la Magia es compleja, los héroes son imperfectos y el destino de reinos enteros pende de hilos llamados Ambición, Mentira, Traición y Locura.

Este Prólogo es una pequeña muestra de la saga que hay detrás: cuatro trilogías interconectadas a través de un gran villano, un universo en constante expansión donde nada es lo que parece y cada decisión tiene consecuencias épicas.

Tú opinión es el arma más poderosa.

Ahora que estás a punto de sumergirte en este vasto mundo, mi mayor deseo es saber qué te parece.

Como sabes, estoy construyendo este universo paso a paso, y tu perspectiva es vital para darle forma al destino de esta saga. Si este breve adelanto ha capturado tu interés, te ruego que me lo hagas saber.

¿Tu misión?

1. Hacerme saber qué te ha parecido este Prólogo (el tono, el mundo, los personajes, la trama...) cualquier cosa reseñable.
2. Envíame tu reseña, comentario, duda o sugerencia directamente a:
alejandrolopez@elreydelabismo.com

Estaré encantado de leerte y de responder personalmente.

Disfruta del viaje y nunca olvides cuál es tu mayor deseo.

Atentamente, Alejandro López.

Síntesis

Mil años después de que los humanos vencieran a los Dioses Primigenios y los Glorificados ascendieran a la divinidad, una nueva era de Magia y secretos se cierne sobre el reino de Naloussie. La paz es una frágil fachada y la Alta Oligarquía ha olvidado su verdadero cometido.

En las remotas minas de Jeshua, el joven Gael, hijo de Reginald, vive ajeno a su destino. Un derrumbe inesperado que sepulta a sus amigos le arrastra a desentrañar los misterios ocultos en las profundidades. Solo el archimago Alek y su compañía de Magos de la Orden Arcana podrán lidiar con las fuerzas oscuras que se han liberado en Jeshua.

Midas, el aprendiz más prometedor de Alek, es un prodigio de la Magia y cuenta con un don innato para la manipulación. La oscuridad de su corazón empieza a despertar influenciada por su extraña mejor amiga, Ambessa. Midas será tentado por la ambición que parece consumirlo mientras los agentes de un culto ancestral intentan manipularlo para sus propios fines.

Al otro lado del mundo, la talentosa Nereida Alisal, arriesga todo para escapar del control de su padre, el Archivista Supremo, con el fin de cumplir su sueño: convertirse en Maga de la Orden Arcana y acceder a Elesta, la prestigiosa escuela de Magia.

Aliándose con una Maga Apóstata, Nereida se lanzará a investigar el pasado de los Glorificados y los Artefactos perdidos, sin saber que sus indagaciones la pondrán en el mismo punto de mira que amenaza a Midas.

Elesta se convierte en el tablero de un juego mortal: aprendices de Mago que desconocen sus vínculos, una fuerza oscura operando en las sombras y una investigación que desentierre verdades que deberían permanecer sepultadas. La temible naturaleza de Midas amenaza con desgarrar toda la orden arcana y con ella, el destino del mundo.

EL JURAMENTO QUEBRADO I

Bal'ador se irguió después de haber estado mucho tiempo arrodillado, más tiempo del que cualquier rey habría soportado. Pero él ya no era un rey, había completado el Juramento y sabía lo que aquello significaba. Lo que para la mayoría de los mortales habría sido un regalo, para Bal'ador y los otros siete elegidos suponía, sin lugar a duda, la mayor de las condenas.

A su alrededor cientos de seres sin vida se amontonaban ensuciando el bonito paisaje. Sencillos mortales y soldados miembros de los ejércitos humanos y monstruosas criaturas humanoides provenientes de la oscuridad se habían masacrado mutuamente apenas horas antes. Parecía tan lejano aquel combate... De todas formas, aquellas criaturas no resultaron tan aterradoras como lo pareció su amenazante apariencia en primera instancia: escamas negras que cubrían cuerpos anormalmente grandes, como de seres reptilianos; largas colas picudas; letales garras en sus extremidades y unas fauces mucho más grandes y peligrosas que las de cualquier tibusaurio que acechase en los mares cálidos.

El silencio que se escuchaba en lo alto de aquella colina solo era interrumpido por unas delicadas ráfagas de viento que para Bal'ador suponían bocanadas de serenidad. El hedor de aquellas criaturas era apestoso, solo superado por el embriagador olor de la victoria.

Superadas sus limitaciones humanas, su respiración hacía rato que se había relajado y su pulso era firme, al igual que su voluntad. Su armadura, antaño reluciente e impoluta, chirrió con el movimiento de su cuerpo al enderezarse. Como si fuera una vieja reliquia de guerra, ahora estaba cubierta de sangre seca y oscura, y tenía algunas hendiduras con marcas de arañazos. Su capa, lo que quedaba de ella, hondeó al viento como si fuera el estandarte de toda una nación en lo alto de aquella colina. El cielo, totalmente despejado, se llenó de luz. Pero no era una luz natural. Su brillo era tan fulgurante que deslumbraba al propio sol del amanecer y llenaba el cielo hasta todo lo que la vista alcanzaba, hasta más allá del horizonte.

A su lado, todavía arrodillados, se encontraban los dos únicos compañeros que aún se mantenían leales; los demás ya se habían marchado. Ninguno era rey como él, sin embargo, habían conseguido hazañas igualmente importantes que las que podría haber conseguido el propio Bal'ador. Uno de ellos era su hermano pequeño, Bal'al. Moreno a diferencia del rubio de su hermano mayor, más bajo que Bal'ador, pero con el mismo porte regio, iba vestido con su armadura oscura y ennegrecida con la sangre de sus enemigos. Más astuto y sabio que Bal'ador, se habría convertido en el rey legítimo de toda Rivelia si hubiera nacido cinco años antes. Aun así, Bal'al

poseía todas las virtudes que su hermano mayor apreciaba en un consejero. Bal'al destacaba por su inquebrantable lealtad: a su patria y a su rey.

Situada a su lado, se encontraba Miz'ja. De pelo cenizo y túnica impoluta, era una joven del sur con la capacidad de templar cualquier corazón, incluido el de Bal'ador. El rey la amaba, y ella le correspondía. A pesar de ello, ella se debía a su Orden y a su deber como Maga de la corte y leal consejera.

Bal'ador abrió los ojos y escuchó la grave voz que provenía de ningún lugar en concreto y de todas partes a la vez.

—Hijos míos, habéis conseguido la gloria de la victoria y, ahora que habéis realizado el Juramento y os he hecho entrega de mis Artefactos, desde hoy os habéis convertido en adalides de los hombres. Seréis su faro, sus guías, sus Dioses. Acudirán a vosotros cuando las fuerzas les fallen; cuando las dudas les asalten; cuando el miedo los paralice y la desesperación se apodere de ellos. Ahí estaréis vosotros, hijos míos, y les salvaréis.

Bal'ador deslizó la mirada con astucia hacia el suelo durante un instante.

—Bal'ador, hijo mío —dijo la voz con un tono condescendiente, como el de un padre severo pero tolerante a la vez—, ¿no estás de acuerdo con vuestro Juramento?

Bal'ador tragó saliva. Acostumbrado a saber siempre qué hacer y qué decir, esta vez le costaba encontrar las palabras con las que rebatir a su padre.

—Sé que lo prometimos, Absoluto —terminó diciendo a regañadientes—, solo que...

—¿No aceptas tu regalo? —le interrumpió la voz.

Bal'ador miró al cielo con furia. Su tono de voz, regio y calmado, se tiñó con el color de la frustración y la rabia, y ya no quiso contener la impotencia que reprimía en su interior a saber desde hacía cuanto tiempo.

—¿¡Por qué nos maldices con la inmortalidad!? ¿Tan malo fue lo que hicimos? No esperaba que fueras tan cruel con nosotros, tus hijos, aquellos que hemos permanecido siempre fieles a tu credo y tus dogmas. Los únicos que no te dimos la espalda cuando la puerta del Abismo se abrió. Aquellos que hemos sacrificado todo para salvar nada. ¿Este es nuestro pago?

—Bal'ador... —murmuró Bal'al, tratando de aplacar a su hermano.

Pero Bal'ador seguía insistiendo.

—No es justo, Absoluto.

El Absoluto guardó silencio y esa fue la respuesta que Bal'ador recibió ante su reclamo. La peor respuesta que habría esperado. Pero así era el Absoluto: siempre generoso con sus hijos, siempre complaciente con aquellos que se habían mantenido a su lado.

Al recibir lo esperado y, sin embargo, decepcionado por lo recibido, Bal'ador se giró, dándole la espalda a su padre; al igual que él acababa de hacer con su hijo. Echó a andar colina abajo en la misma dirección que lo habían hecho los otros cinco elegidos antes que él, sin un rumbo fijo, pero sin perder nunca el paso, hasta que la voz de Bal'al le hizo detenerse.

—¿También te marchas, mi Rey? ¿Qué piensas hacer?

Bal'ador lo miró por encima de su hombro. El desprecio todavía visible en sus ojos.

—Cumpliré con la promesa que hicimos y la voluntad de nuestro padre. Como siempre he hecho...

—¿Aceptarás de buena gana esta maldición? ¿Así, sin más? —Bal'al apretó los puños—. Sabes que te seguiré hasta el mismísimo Abismo si me lo pides, pero no sin luchar. ¿Dónde ha quedado el rey de toda Rivelia? ¿Dónde está mi hermano mayor?

Fue entonces cuando Bal'ador encaró a su hermano.

—Ya no soy tu rey, ni el de nadie, muchacho. Ahora soy... —el tono de voz de Bal'ador se suavizó, dejando de lado la resignación, tiñendo su voz con el amargo sabor de la condescendencia—. Qué más da quién sea. Ahora solo importa quiénes somos para los hombres. Si este es mi castigo, mi penitencia, la cumpliré como he cumplido con mi deber desde el principio de los tiempos. Así sea la voluntad del Absoluto.

—¿Y qué haremos los demás, hermano?

Bal'ador recuperó su sonrisa.

—Podéis hacer lo que queráis, sois Dioses, al fin y al cabo. Ya sabéis cuál es vuestro cometido. Proteged a los mortales y castigad a todo aquel que vaya en contra de la voluntad del Absoluto.

Bal'al se giró a mirar a Miz'ja, buscando su apoyo.

—¿Estás de acuerdo, tú también?

—Somos Dioses, Bal'al —contestó Miz'ja, encogiéndose de hombros—, relájate y disfruta de tus nuevos privilegios.

—¿Cómo voy a relajarme ante esta situación, Miz'ja? Si los engendros regresan...

—Tranquilo, muchacho —interrumpió la mujer, caminando detrás de Bal'ador colina abajo con una postura despreocupada—, si la puerta del Abismo se abre de nuevo, ahí estaremos nosotros para cerrarla.

Por primera vez en mucho tiempo, Bal'al se sentía perdido y sin saber qué hacer. Sin el liderazgo de su rey, todo el peso de las consecuencias por sus acciones recaía sobre él. Por primera vez en su vida era libre de tomar sus propias decisiones y de asumir todas las consecuencias. Tantas

posibilidades... tantos destinos... A menudo, con más frecuencia de la que se permitía a sí mismo, se imaginaba cómo sería la vida si las cosas hubieran sido de otra manera, si su hermano no hubiera sido quien llevara la corona... pero Miz'ja y Bal'ador tenían razón: Eran Dioses, inmortales, todopoderosos y omniscientes. Tenían los objetos que su padre les había entregado con el fin de enfrentarse a los engendros del Abismo si decidían regresar. El día que regresaran, porque sabía que algún día lo harían, Bal'al y los demás protegerían toda Rivelia y a sus gentes. No había margen para el fracaso. Y se tenían los unos a los otros a pesar de que Bal'ador y los otros parecían renegar de su nueva ilustre condición.

A diferencia de los Dioses Primigenios, más antiguos que la propia tierra que pisaban, esta nueva generación de Dioses ya sabía lo que era vencer a los engendros del Abismo. Estos solo eran descendientes de los primeros, sus sustitutos. Y esperaban no tener que acabar como ellos. Una segunda generación de dioses ungidos para acabar lo que los primeros empezaron.

Capítulo 1: Lo que se prometió

1.000 años más tarde

“Me enamoré, no pude evitarlo. Y el amor es la forma de destrucción más poderosa que existe.”

M.J.

Este era su momento más esperado del día.

Ella entró con delicadeza, sin decir nada, caminando silenciosamente, deslizándose por la habitación como una sombra, como un fantasma. El único sonido que acompañaba sus movimientos lo producía el camisón de seda al rozar su piel desnuda. Él la esperaba tapado únicamente por las impolutas sábanas de la cama, impaciente, deseoso por probar una tarde más los deliciosos placeres de la carne. Aquellos placeres que culminaban con una sensación de euforia tan profunda que parecía como si estuvieran en las alturas más elevadas, flotando entre el fondo y la superficie de una bóveda imaginaria, entre nubes de blanca espuma movidas por una ligera brisa costera.

No se movió, no pestañeó siquiera. La mujer se acercó, se quitó el camisón despacio, las danzantes sombras que proyectaban las luces de la habitación dejaban entrever las peligrosas curvas de la silueta de una mujer empoderada y seductora. Sin vacilar, apoyó la rodilla doblada en el borde de la cama. Él la observó atentamente con los ojos bien abiertos, recorriendo cada detalle de esa fascinante silueta. La mujer se subió con cuidado al lecho, encima de él, apretándole entre sus muslos. Apoyada con los brazos abiertos, le rozó ligeramente el rostro con unos cabellos que olían a cítricos dulces. Decidida e impaciente, se inclinó, acarició con la punta de sus pechos el pecho desnudo del hombre, su cuello, su boca. Él se sonrió, asiéndola por las caderas con un movimiento muy lento, muy sugerente, muy delicado. Ella se estremeció, huyendo de sus dedos y su piel se erizó, sintiendo un escalofrío recorriendo todo su cuerpo, cuando comenzó a sentir los húmedos labios de su amante rodando por su cuello.

Él se movió, manteniendo la presión de ambas manos le impedía suavemente cambiar de posición. Pero ella, con movimientos de caderas muy decididos, le exigió respuesta. Él respondió. Ella cesó de intentar escaparse de sus manos, echó la cabeza hacia atrás, irguió su espalda, dejó caer sus cabellos y se entregó sin reparos al placer. Su piel era cálida y era sorprendentemente lisa. Los ojos que contempló cuando estaba cerca del clímax, eran grandes y penetrantes, parecía que podía ver más allá de su alma. El balanceo le sumergió en un mar de cítricos que le agitaba y le estremecía, embargándole de paz.

Habían pasado seis meses desde aquella noche de pasión. Seis meses en los que el fruto de su amor creció en el vientre de su madre, sin saber que el nacimiento de una nueva vida no siempre es una buena noticia.

Aquella noche, el cielo rugía con furia, los relámpagos centellaban en la oscuridad y los truenos eran solapados por los gritos de aquella mujer, su madre. Era de ese tipo de noches en las que no solo ocurre un cambio de estación, sino también un cambio de época, pues el niño acababa de nacer para dejar su huella en la historia.

—Loado sea el Absoluto—dijo la comadrona. Una mujer de mediana edad, vestida con ropas sencillas y un delantal blanco que ahora se encontraba manchado de sangre. El pelo castaño recogido en un moño algo desordenado y la cara llena de arrugas y ojeras debido al agotador parto que había dirigido—. Esta noche nos ha bendecido con una nueva vida.

Se detuvo súbitamente sacando al deforme bebé del vientre de su madre.

—¡Qué aberración! No se parece en nada a su hermano mayor, ni siquiera en los ojos. Este tiene los ojos de color escarlata.

—Es verdad, a este niño le aguarda un destino grandioso —auguró el hombre de rostro severo y túnica harapienta que asistía a la comadrona en el parto—. Si consigue llegar a mañana...

—¿Y cómo se llamará el...? —titubeó por un instante la mujer. Su boca quiso decir una palabra, pero en su mente se aparecía otra muy distinta. ‘Monstruo’ era el adjetivo que quería emplear. Sin embargo, le pareció demasiado contundente para un bebé y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, lo definió de otra forma—. ¿Niño? —terminó de preguntar mientras lo limpiaba con delicadeza y cierta repugnancia de los restos de líquido amniótico y sangre, y lo arrojaba entre unas mantas, sintiendo un gran alivio cuando se desprendió de él y se lo entregó a su padre.

—Su nombre será Midas —respondió el padre, cogiendo en brazos al recién nacido—, como así deseaba su madre.

Reginald era un hombre de mediana edad que se conservaba mucho mejor que el resto de los hombres de su edad. Todavía conservaba su físico atlético: espalda ancha y hombros grandes. Su cabello, de un tono oscuro, estaba ligeramente encanecido en las sienes, y hacía todo lo posible por mantener su barba cuidada incluso en aquel mundo helado en el que vivía, conservando así un aire de dignidad y seriedad. Su rostro, con algunas arrugas y ojeras negras, era el reflejo del arduo y difícil momento que acababa de atravesar. Sin embargo, aquello no menoscabó su ímpetu por seguir adelante. Las manos de Reginald estaban curtidas por años de labor en las profundidades de la tierra, y sus uñas estaban ennegrecidas por la tierra y el carbón, un recordatorio perpetuo de su exigente ocupación.

El padre miraba al niño con ternura. La emoción por el nacimiento de su hijo y la devoción con la que lo miraba superaban el asco y el rechazo que cabría esperar sentir al ver una aberración así, aunque se tratara de su propio hijo. Tardó varios minutos, inmerso en la profunda vorágine que expresaban los rojos ojos de Midas, en caer en la cuenta de que su mujer, la madre de sus hijos, había entregado su vida para que otra saliera adelante. Se había quedado viudo, con dos hijos a su cargo; uno deforme y el otro de apenas tres años. ¿Cómo le explicaría esto a Gael? ¿Cómo se le puede hacer entender a un niño que su madre había muerto trayendo al mundo a su hermano? Su rostro comenzó a perder toda alegría, como una máscara resquebrajada, dejando en él una expresión de tristeza y desolación por la reciente pérdida. Si los nacimientos son motivo de inmensa alegría, ¿por qué él se sentía tan triste y vacío? De pronto, la voz de su amigo, quien había estado con él durante las casi dieciocho horas que duró el interminable parto, lo sacó de ese mar de dudas.

—¿Estás bien, Regi? —preguntó el hombre, que se refería a su amigo con el diminutivo de su nombre—. Es lógico que te sientas abatido en estos momentos y tengas mil preguntas por hacer. Tranquilo, yo aliviaré esa carga.

—Gracias, Alek. Ahora mismo solo quiero descansar y darle descanso a mi mujer —respondió exhausto Reginald—. Toma al pequeño. Iré a por Gael para evitar que éste sea el último recuerdo que guarde de su madre.

Alek se detuvo en cuanto observó con detalle al pequeño. Sostuvo al niño en sus brazos. Ya al cogerlo notó que era bastante más pesado de lo que cabría esperar de un bebé normal, pero Midas no era un bebé normal. Lo elevó por encima de sus hombros y lo acercó a la luz que proyectaba el fuego de la chimenea de la habitación.

—Este niño...

Cuando su pequeño llega al mundo, los padres tal vez se sorprendan por el aspecto del bebé. En lugar de la imagen del bebé perfecto, los recién nacidos con frecuencia se ven azules, están cubiertos con una sustancia gelatinosa y parecen haber salido de una dura batalla. Después de todo, los bebés se desarrollan inmersos en líquido y están apretados en un espacio reducido dentro del útero. Sin embargo, Midas no poseía estas características, se veía aún más antinatural. Su cuerpo estaba cubierto por escamas de color cobrizo, la piel seca con quistes y úlceras por todo su cuerpo. Un amplio hematoma asomaba en la cicatriz dejada por el cordón umbilical. Tenía la espalda arqueada, marcándose prominentemente cada una de las vértebras, incluso en la posición vertical en la que Alek lo suspendía. Sus extremidades desembocaban en unas uñas largas y afiladas que emergían de las puntas de sus manos y pies con restos de sangre y una sustancia viscosa, como si hubiese arañado la placenta de su madre en busca de salida.

—... no es normal.

El hombre lo zarandeaba en el aire, buscando minuciosamente algún rastro de normalidad en él. Sin embargo, ni siquiera la expresión de su cara denotaba normalidad. Sino todo lo contrario. El niño no había llorado en todo este tiempo que llevaba “vivo”. Su boca, repleta de llagas y con los labios agrietados y azulados, expresaba alegría. Unos diminutos pero afilados dientes se asomaban entre las encías rosadas. No paraba de sonreír como si se sintiera satisfecho por haber venido a este mundo. Lo que le hacía preguntarse a Alek cuáles serían las intenciones de este niño por haber nacido con tanta prisa y si habría merecido la pena el sacrificio de su madre.

A diferencia del resto de recién nacidos, su respiración era regular y su pulso firme. Su pequeña cabecita poseía cierto grado de deformación provocada por el desplazamiento y la superposición de los huesos del cráneo o a causa del parto prematuro. Sería difícil de discernir incluso para el más capaz de entre los Magos de la Orden Arcana. La parte superior de la cabeza estaba elongada, dándole un aspecto más de reptil que de humano.

Midas apretaba con firmeza el pulgar de Alek con su puño en un gesto que le resultó de lo más curioso al hombre, parecía estar deseoso de poder. Incluso frunció el ceño, clavando su joven mirada en la del adulto, como si estuviera desafiándole.

Tras el exhaustivo chequeo al que sometió Alek a Midas, volvió a sostenerlo a la altura de sus ojos, deteniéndose a contemplar ese par de brillantes estanques escarlata que dominaban el rostro del pequeño. Unos ojos que irradiaban energía, determinación y poder. Jamás había visto semejante rareza; y eso que estaba acostumbrado a relacionarse con los Magos y Brujas más poderosos del mundo. A pesar de eso, nada que conociese podía compararse con los ojos de ese recién nacido. Ahí estaba el secreto, el origen de su poder. Sin duda alguna, poseía los ojos que la historia señalaba a quien los poseyera como un ser sensible a la Magia y algo más...

—¿Habíais visto alguna vez semejante aberración, Archimago? —quiso saber la comadrona, sacando del trance momentáneo en el que se encontraba Alek después de haber limpiado por completo la habitación y cualquier rastro de contacto con Midas en su cuerpo.

—Aún dudo de si será una bendición o la mayor de las desgracias, comadrona —respondió Alek, depositando al niño en la cuna que le tenían preparada.

—¿Creéis que sobrevivirá a esta noche?

—Ya lo creo que si —afirmó Alek. Una leve sonrisa se esbozó en su hastiado rostro—. Sospecho que el destino le reservará grandes sorpresas a este niño.

Ambos se quedaron admirando al bebé que los miraba desde la confortable cuna sonriendo, como si entendiera todas y cada una de las palabras que ambos adultos intercambiaban, cuando la voz de Reginald les interrumpió.

—Alek, es la hora de que te lleves a Midas.

—Pero, ¿cómo voy a irme con este niño? ¿Qué voy a hacer con él?

—Lo mismo que hace la Orden Arcana con los niños sensibles a la Magia: educarlo y enseñarle el camino de la Magia.

—Pero Midas no es como el resto de niños. Es...

—Sé que no es un niño normal —le interrumpió Reginald—. Es uno de esos que nacen cada cierta época. La Magia no brota así como así y menos en un niño de su edad. Midas es un Glorificado, el que Naloussie llevaba siglos esperando para escribir una nueva historia.

Alek quedó impactado con las palabras de Reginald, tal fue su desconcierto, que estuvo a punto de desplomarse en una silla. La noticia le abrumó.

—No ha nacido un Glorificado desde la ascensión de la Emperatriz en Tymeria. Y de eso hace más de cuarenta años. Pensé que jamás llegaría a coincidir con el nacimiento de alguno.

Hubo una pausa reflexiva, tratando de digerir la noticia.

—Debes llevártelo, Alek. Debes protegerlo y evitar que los reinos de la Baja Oligarquía lo descubran. Si eso sucediera, lo utilizarían para sus propios beneficios.

—¿De ninguna manera, Reginald! —objetó Alek cuando recobró la compostura—. ¿Cómo se te ocurre siquiera pensarlo? ¿Un Glorificado entre la Orden? ¡Eso es impensable! ¡Acabarán con él y conmigo si nos descubren!

—Porque confío en ti como en nadie en este mundo —alegó Reginald—. Tú podrías cambiar el curso de la historia y devolver el equilibrio a la Magia.

—¡No! —volvió a objetar—. Me niego a asumir esa carga.

—Sabes de sobra que la Magia de un Glorificado anhela ser empuñada y tiene tendencia a desbordarse de formas impredecibles si no se le controla. Las personas que sienten un poder mágico bullendo en sus venas descubren pronto que es muy difícil acallar esa energía.

—Lo sé, pero no me siento capacitado para esa labor —se disculpó el Archimago—. Los Glorificados fueron expulsados de la Orden por una razón. La Orden Arcana los dejó bajo el gobierno de la Alta Oligarquía porque amenazaban el equilibrio de la Magia. La reclamaban para ellos mismos y le daban usos inapropiados con fines egoístas. Son la antítesis de los Magos. Nosotros somos guardianes de la paz y de la justicia. Entregarme un Glorificado es como infiltrar un lobo entre corderos. Peor aún, ¡es como infiltrar un dragón entre corderos!

—¿Sabes por qué los Glorificados fueron sometidos al dominio de la Alta Oligarquía, amigo mío?

Alek miró a Reginald con intriga.

—Porque son demasiado valiosos como para dejarlos en manos de los demás reinos. Aquellos reinos que cuenten con un Glorificado entre sus filas son los que gobiernan el mundo. La Orden Arcana ha ayudado con ese propósito durante generaciones detectando y adoctrinando a todo niño sensible a la Magia con el fin de encontrar al próximo Glorificado.

»Pues bien, Alek, aquí lo tienes. Te entrego a Midas para que cambies el curso de los acontecimientos y hagas por una vez lo correcto.

—Los Glorificados siempre han sido egocéntricos e imprevisibles —respondió Alek sin pensar, utilizando el único argumento que se le ocurría—. ¿Cómo iba la Orden Arcana a confiar en ellos? Los reinos los sometieron para evitar que abusaran de su poder y que librarán batallas absurdas y egoístas. Los primeros Glorificados rompieron su juramento y abandonaron a la humanidad. Sus sucesores no fueron mejores. ¡Son una amenaza! No puedes pedirme que haga esto. Este niño le pertenece a Naloussie.

Reginald se sentó nuevamente y adoptó una postura más comprensiva.

—Sé que los Glorificados abusaron en ocasiones de su poder, pero son los únicos que os pueden proteger de lo que está por venir. Los Magos deberían reconciliarse con ellos.

—La Orden Arcana ha defendido al mundo desde que se perdieron los Artefactos. ¿Por qué esta vez sería diferente y necesitaríamos de ellos?

—Porque Midas lo cambiará todo, Alek. Debes creerme.

—¿Creerte? —Alek torció el gesto y entrecerró los ojos—. Sabes muchas más cosas de las que me cuentas sobre Glorificados y mitos como para ser un simple minero en un pueblo remoto. Mucho más de lo que dices saber y mucho más de lo que creo que sabes. ¿Qué me estás ocultando, Regi?

Reginald tomó una bocanada de aire tan grande que parecía querer inhalar todo el aire de la habitación. Cuando suspiró, una mirada piadosa se posó sobre los ojos del Archimago.

—Hazme caso y llévate a Midas. Solo te pido que confíes en tu viejo amigo: Reginald, el minero. Aquel que una vez te salvó la vida.

Alek no pudo hacer otra cosa más que tragar saliva. Reginald tenía razón, él un día le salvó la vida y este sería el favor con el que se lo pagaría. Muchos recuerdos se acurrucaron en la memoria del Archimago; unos tristes, la mayoría felices. Pronto disipó los recuerdos amargos y asintió con la cabeza, aceptando así saldar la deuda pendiente que tenía con su viejo amigo.

—¿Qué pasará con Gael? ¿Qué le dirás sobre su madre y su hermano perdidos?

Reginald tragó saliva. Parecía más fácil entregarle a Midas que contarle sus planes sobre Gael.

—Borraremos sus recuerdos. A veces, la ignorancia es la llave de la felicidad.

El archimago Alek se quedó petrificado, no esperaba que alguien como Reginald fuera capaz siquiera de imaginar que ese poder existía y mucho menos que supiera utilizarlo.

—¿Estás seguro de que alterar el recuerdo que tiene Gael de su madre y hermano es la solución correcta?

—Sé que no es lo que un padre debería hacer con su hijo, pero Gael no debe recordar que su hermano es un Glorificado; ni el mundo tampoco. Alteraremos sus recuerdos para evitar que este sea el último recuerdo que tenga de su madre. Quiero que sea feliz.

Alek se puso en pie visiblemente sobrecogido con Midas entre sus brazos. Se acercó a la salida, recogió su sombrero picudo y su bastón y le dedicó a Reginald unas últimas palabras.

—Lo siento, amigo, pero no quiero formar parte de eso. Tendrás que hacerlo solo. Estoy seguro, aunque desconozco cómo y por qué, de que serás capaz de utilizar el conjuro.

Reginald se encogió de hombros y un enorme suspiro, fruto de su decepción, se propagó por toda la habitación.

—Sabía que dirías eso, Alek. Tus férreas creencias son inquebrantables. Sé que cuidarás bien de Midas.

Tras recapacitar durante un segundo, Alek le regaló unas últimas palabras de apoyo a su amigo que lo estaba pasando mal. No podía irse con ese mal sabor de boca después de haber acudido en la ayuda de Reginald con la idea de celebrar un nuevo nacimiento.

—Tienes unos hijos fantásticos, Regi—dijo Alek, apoyando su arrugada mano sobre el hombro de su amigo—. Puedes estar tranquilo. Midas estará en buenas manos.

—Lo sé, Alek. Pero no es Midas quien me preocupa —respondió Reginald, pensando en Gael—. Va a echar mucho de menos a su madre. Espero que no culpe a la vida por la pérdida.

—¿Y tú cómo vas a estar? ¿Acaso temes no estar a la altura de las circunstancias?

—Eso es lo que más temo. Nada ni nadie podrá reemplazar a mi mujer —confesó Reginald entre sollozos—. Siento que nunca estaré a la altura de sus cuidados.

Su voz se quebró y se lanzó a los brazos de su amigo, buscando el consuelo que ya jamás recibiría de su mujer.

—Hazlo por ellos, amigo —le animó Alek, manteniéndose estoico, evitando derrumbarse con la pérdida de su amigo. Él también admiraba a su mujer y ese carácter indomable. Una mujer

que se hizo a sí misma superando los cientos de obstáculos que se fueron encontrando para sobrevivir en Jeshua. Reginald y ella, juntos, construyeron un cálido hogar donde cuidar a su hijo—. Siéntete orgulloso de la vida que compartisteis.

Volvieron a mirar al pequeño Midas y se acordaron de Gael.

—Algún día tendrás que contarles la verdad, Regi —le aconsejó Alek, mirándole con comprensión a los ojos, sin juzgarle—. No mantengas viva su esperanza de volver a verla.

—Lo sé. Aún albergo esa esperanza para mí.